

LLAMADA DEL REY ETERNO [91] [95]**Primera Parte****2026****Meditación (día 16)**

En los días anteriores de los Ejercicios Espirituales, hemos meditado sobre el Principio y Fundamento, sobre nuestros pecados, y también sobre cómo procede el Señor con quienes somos pecadores, sobre Su infinita e ilimitada Misericordia. Para quienes hacen los Ejercicios por espacio de un mes, como había previsto San Ignacio, con eso concluye la Primera Semana, y comenzaríamos ahora la Segunda Semana. Y como pórtico de esta Segunda Semana nos incluye San Ignacio una Meditación preciosa, que es la conocida como «Llamada del Rey».

Vamos a dedicar dos meditaciones a reflexionar sobre este misterio, sobre este asunto, y confío que será para mucho fruto de todos vosotros.

[46] *Oración.* La oración preparatoria es pedir a Dios Nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

[91] EL LLAMAMIENTO DEL REY TEMPORAL AYUDA A CONTEMPLAR LA VIDA DEL REY ETERNAL.

Hay un pasaje en el Evangelio que encontráis en **Juan 6, 66-67**, que llama poderosamente la atención. Jesús había hecho muchos milagros, y entonces multitudes de personas lo seguían.

Y había hecho curaciones, y había predicado, y había escogido a los Apóstoles, y daba la impresión de que el número de los creyentes se iba ampliando, iba creciendo, e iba adquiriendo unas considerables dimensiones. Pero hay un momento en el que parece que todo se pone en riesgo en esa vida pública de Jesús, en esa predicación de Jesús. Y es cuando el Señor comienza a hablar sobre la Eucaristía, el conocido como «Discurso del Pan de Vida» (**Jn 6**).

Empieza a decir Jesús: *«Quien no come mi carne y bebe mi sangre no tiene vida en él, pero quien come mi carne y bebe mi sangre vivirá eternamente»*. (cf. **Jn 6, 53-54**). Algunas personas empiezan a mirar a Jesús con una cierta desconfianza. Algunos se preguntan si tal vez Jesús no está del todo bien de la cabeza. Y otros se asustan pensando qué es lo que nos está proponiendo este hombre. Esto suena muy raro, muy extraño. Suena a canibalismo. Entonces, dice el Evangelio que algunos de los que comenzaron siguiendo a Jesús se dieron la vuelta y se marcharon (cf. **Jn 6, 66**).

Y el Señor, en este pasaje que os acabo de citar, llama a sus Apóstoles, a los doce, y les hace una pregunta. Les dice: *«¿También vosotros queréis marcharos?»* (**Jn 6, 67**). Esta pregunta

es sorprendente, porque quiere decir que Jesús se da cuenta de que hay gente que ya no le sigue y no quiere mantener a los Apóstoles a la fuerza, no quiere que se sientan obligados a estar a Su lado, sino que desea de ellos una **adhesión libre**, que cada uno de ellos quiera seguir a Jesús, y por ese motivo lo siga. «¿*También vosotros queréis marcharos?*». Nuestra situación, veinte siglos o veintiún siglos después, no es muy distinta.

Todavía hay muchísimos católicos y en algunos países este número va creciendo año tras año. Pero es verdad que en Occidente, en Europa, en parte de América, parece que hay personas que se dan la vuelta, que quizás sus padres o sus abuelos fueron católicos, pero ellos se están alejando de Dios. Y me parece que ésta Meditación en Ejercicios es como para los Apóstoles esa pregunta de Jesús.

Jesús llamó a los suyos y les preguntó esto. «¿*También vosotros queréis marcharos?*» En el fondo esta pregunta significa también que **el Señor no va a dar marcha atrás en Sus exigencias**. Es decir que Él, que comenzó hablando de la Eucaristía, **no va ahora a renunciar a regalarnos la Eucaristía** y que, por consiguiente, el Señor **no va como a suavizar el Evangelio** para que todo el mundo esté a gusto, todo el mundo esté contento y nadie se le marche.

Si os fijáis, esa es muchas veces la manera de proceder en el mundo. Los partidos políticos cambian de programa electoral en cada ocasión y se van adaptando a los tiempos para no perder seguidores, para no perder electores. Jesucristo, por el contrario, no pretende tener éxito humano, y por eso no va cambiando Su mensaje habitualmente para resultar más popular o más atractivo, sino que **nos enseña la verdad. Él mismo es la verdad y al mismo tiempo respeta nuestra libertad**. De manera que se dirige a nosotros preguntándonos: «¿Tú también quieres marcharte?».

¿Y por qué en este momento de Ejercicios plantearnos esto? Pues mirad, porque la Primera Semana, las Meditaciones del Principio y Fundamento y del Pecado son meditaciones que puede hacer cualquier persona bautizada que recibió una cierta instrucción religiosa; es bueno que en algunos momentos de su vida se planteen las cuestiones fundamentales.

¿Qué estoy haciendo con mi vida? ¿A dónde voy a llegar si sigo así? ¿Si estoy siendo actualmente para el Señor una alegría o un motivo de preocupación? Estas son las meditaciones de Primera Semana —Principio y Fundamento, y el Pecado.

Pero ahora comenzamos una etapa nueva en Ejercicios, que es una etapa en la que el Señor quiere contar con la adhesión de quienes le quieran de verdad. San Ignacio de Loyola no siempre daba los Ejercicios de un mes completo a la gente, sino que aconseja que algunas personas que, o porque no tienen ganas de más, o porque quizá no entienden más, con darles las Meditaciones de Primera Semana sería suficiente.

Si una persona efectivamente en un momento de su vida hace Ejercicios, se confiesa y deja de vivir en pecado mortal, y comienza a vivir en gracia de Dios, pues para mucha gente eso es más que bastante. Y hay gente que ya no desea más, no le interesa más. Yo os pregunto en este día a vosotros: ¿Tú estás aquí simplemente para poner tu alma en paz con Dios y tratar de terminar tu vida cuando llegue el final en gracia y llegar al cielo? ¿O hay en

tu corazón un deseo de más? ¿Un deseo de agradecer al Señor todo lo que ha hecho por ti? ¿Un deseo de corresponder a su amor? ¿Un deseo de seguirle no sólo cuando todo parece fácil en los tiempos de vino y rosas, sino también cuando viene lo difícil, cuando comienzan las exigencias propias del Evangelio, cuando el Señor nos plantea en qué consiste adherirnos plenamente a Él?

Dicho esto, comenzamos esta Meditación de La Llamada del Rey y lo hacemos dirigiéndole al Señor una petición.

Petición:

Es la petición que San Ignacio quiere poner en nuestros labios para que nosotros se la dirijamos a Dios. Y San Ignacio, ¿qué es lo que nos dice que le pidamos al Señor? Algo muy bonito: **Que no sea sordo a Su llamamiento**, sino presto y diligente.

[91] *2º preámbulo.* El 2º: demandar la gracia que quiero; será aquí pedir gracia a nuestro Señor, para que no sea sordo a su llamamiento, mas presto para cumplir su santísima voluntad.

¿Por qué tenemos que pedirle a Dios que **no seamos sordos**? Seguramente la mayoría de los que estáis escuchando esta Meditación no tenéis ningún problema de audición. No necesitáis aparato. De modo que esto de pedirle que no sea sordo, ¿a qué viene? ¿Por qué San Ignacio nos aconseja que se lo solicitemos a Dios? Pues mira, porque San Ignacio está hablando de una sordera que no es simplemente la sordera del oído. No es un problema de lo que hay dentro de la oreja, sino que es la **sordera interior**. Muchas veces, y no solamente las personas más ancianas, sino también los jóvenes, podemos, todos, mayores y jóvenes, hacernos sordos.

¿Qué quiere decir hacerse sordo? Hacerse sordo significa que uno ya no quiera escuchar. Que a uno ya no le interese lo que le digan los demás. Que uno esté tan seguro en sí mismo, tan contento o tan satisfecho con su propia vida, que no quiera que venga nadie, ni siquiera Dios, a estorbarle sus planes. Esa sordera la podemos tener todos. Es más, quizás con el paso de los años corremos más peligro, porque cuanto más es la formación que hemos ido adquiriendo y cuanto mayor la experiencia que la vida nos ha ido dando, a veces tanto más confiados en nosotros mismos nos vamos haciendo. Y entonces nos hacemos sordos.

Verdad que esto ocurre incluso en nuestra vida cotidiana. En un grupo de amigos o en una familia a veces está hablando alguien, pero hay otros que no le escuchan, como mucho esperan a que termine de hablar, le dejan que acabe; pero **lo que está diciendo no les importa nada**, están simplemente deseando que acabe para poder soltar lo que querían decir desde el principio. Eso es hacernos sordos.

También **hacernos sordos es tener prejuicios**. Es cuando ante una persona o ante una institución uno se cierra por dentro y entonces da por supuesto que no le van a aportar nada, que no pueden ofrecerle nada significativo. Eso es cerrarse y eso es hacerse sordos. Y a veces nos sucede esto. Tenemos nuestros prejuicios y pensamos: «No. Este libro no creo que pueda aportar. No puedo enriquecerme con nada». O: «No. A mí es que este Papa..., porque a mí el Papa que me gustaba...». Cuidado, porque cuando en el fondo

solamente nos gusta un Papa, o solamente nos interesa un fragmento de la Biblia, o sólo creemos que hay un santo en la historia de la Iglesia que es el que nos ayuda, quizá es que ya no queremos ni leer ni escuchar nada más.

Y en el fondo ¿por qué nos hacemos sordos? Porque nos afirmamos a nosotros mismos. Uno piensa: «Yo ya sé lo que tengo que saber. A mí nadie me tiene que decir ya lo que tengo que pensar». En el fondo, eso se llama **amor propio: Es esa seguridad en uno mismo que a uno le hace ya no prestar atención a más**. Por eso la petición de San Ignacio es muy sabia.

Él te anima a que le pidas al Señor: «Señor, que no sea sordo a tu llamamiento, sino presto y diligente. Porque me puedo estar haciendo sordo. Porque es verdad que ya solamente escucho la radio que me dice lo que quiero oír, que ya sólo leo el periódico que representa las ideas que tengo yo. En el fondo, que ya sólo me interesa hablar con quién me da la razón. Porque pienso a veces que soy yo el que poseo la verdad. Eso es hacerse sordo.

Pues bien, vamos a pedirselo al Señor con insistencia cuando comencemos este próximo rato de oración. «Señor, que yo sea presto y diligente a tu llamamiento. Que no sea sordo. Que tenga no sólo los oídos, sino la mente y el corazón abiertos para acoger lo que Tú me quieras proponer».

Quizá alguno de vosotros piensa: «Bueno, eso está muy bien padre, para cuando uno tiene quince o veinte años, y tiene que escuchar lo que Dios le pide en su vida y qué es lo que tiene que hacer. Pero yo, que ya tengo treinta o cincuenta o sesenta; yo, ¿qué voy a escuchar de Dios?, ¿qué más va a querer Dios de mí? Ya tomé un carril en la vida que fue el carril adecuado, el de mi vocación. Y ahora lo que tengo que hacer es seguir hacia adelante hasta el final. ¿No?». Pues no, no es así.

A lo largo de la vida el Señor nos sigue llamando. El Señor sigue invitándonos a dar pasos en nuestra vida espiritual. Y el Señor sigue deseando mostrarnos Su Voluntad para que podamos serle fieles con mayor fidelidad.

Pensad, por ejemplo, en el ejemplo de San José. El Señor cómo le habla en sueños varias veces a lo largo de su vida, no una ni dos. Primero para decirle: «No temas llevarte contigo a María». (cf. Mt 1, 20). Después para decirle: «Huye a Egipto porque Herodes quiere matar al Niño». (cf. Mt 2, 13). Y después para mostrarle que ya puede volver a Nazaret porque ha muerto Herodes (cf. Mt 2, 19-20).

Si San José, después de esta primera Palabra de Dios que le dice toma contigo a María hubiera dicho: «A mí ya no me tiene que decir nada más. Ya lo tengo todo claro. Yo me quedo con María siempre»; y no hubiera seguido escuchando, quizá el Niño hubiera tenido problemas en Belén; o quizá se hubieran quedado para siempre en Egipto. Pero José es el hombre que escucha y que escucha no un día, sino siempre; es el hombre que está abierto, que está dispuesto a atender a lo que Dios le pide, a acoger lo que el Señor le muestra. **En el fondo a estar siempre aprendiendo.**

Esta actitud de no ser sordo a Su llamamiento, sino presto y diligente también la podríamos identificar con otra cosa que es preciosa, que es estar siempre dispuestos a

aprender. Fijaos, ¡qué bonito! Cuando somos niños o cuando somos muy jóvenes nos mantenemos abiertos y todo nos sorprende, nos llama la atención, nos impresiona. Y una persona se puede volver vieja cuando en el fondo ya nada le interesa. Pasa de todo, piensa que nada ni nadie le puede aportar nada significativo. Esto de hacerse viejo no es un asunto de cumplir años. Hay gente que con dieciséis años ya es un viejo, y al revés.

Recuerdo cómo el padre Mendizábal con noventa años quiso aprender a utilizar el sistema operativo de MAC-OS. Yo estaba perplejo. Y es que él siempre estaba abierto a acoger por supuesto la verdad, a Jesucristo, la sabiduría de los Santos, el Magisterio de la Iglesia; pero también a conocer gente nueva, también a aprender otras cosas. Eso es mantener la mente y el corazón abiertos.

Después de hacerle al Señor esta petición, lo que haremos será imaginarnos la escena que nos plantea San Ignacio:

[95] 1º *punto*. Y quanto al primer punto, si tal vocación consideramos del rey temporal a sus súbditos, cuánto es cosa más digna de consideración ver a Christo nuestro Señor, rey eterno, y delante dél todo el universo mundo, al qual y cada uno en particular llama y dice: Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque, siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria.

Jesucristo, delante de todo el universo, a cada uno en particular y a todos en conjunto, nos dirige la Palabra. Esta es La Llamada del Rey. Voy a tratar de explicarla para que se entienda mejor.

LA MISIÓN DE JESUCRISTO:

Jesús ha venido a cumplir en el mundo una misión que le ha confiado Dios Padre: Nuestra salvación, la redención de todo el género humano. De modo que las personas que tenemos muchos defectos, que hemos cometido muchos pecados, la última palabra de nuestra vida no la tengan esos pecados, sino que todos esos pecados puedan ser perdonados de modo que podamos aspirar a gozar eternamente de Su compañía en el Cielo.

La misión que Jesús ha venido a cumplir en el mundo **es la salvación de los hombres, y en particular la salvación de las almas** que es lo que nos permitirá alcanzar la gloria y el Cielo.

Pero fijaos ¡qué bonito! Esa misión que Él vino a cumplir tiene dos etapas:

Primera etapa:

La primera es la que afecta a Su Vida Temporal, cuando Jesús estuvo pisando la tierra de Palestina, cuando Jesús nace en Belén, vive en Nazaret, termina entregando Su Vida en Jerusalén después de haber llamado a los Apóstoles y haber fundado la Iglesia en el entorno del lago de Cafarnaúm. Esa es la primera etapa de la obra de la redención.

Segunda etapa:

Pero hay una segunda etapa de esa misión y es la que Jesucristo prolonga a través de Su Cuerpo en la historia. ¿Y cuál es Su Cuerpo en la historia?: La Iglesia. La Iglesia no es

meramente una asociación, no es un club de socios donde uno paga su cuota y luego tiene derecho a determinadas cosas. La Iglesia no es un partido político, no es un lobby de influencia cultural. **La Iglesia es una realidad mística, espiritual.**

La Iglesia es el Cuerpo de Cristo en el curso posterior de la historia. La Iglesia somos tú y yo, que por el Bautismo hemos sido injertados en Cristo. De modo que, aunque parezca que no tenemos nada que ver tú y yo con la Parroquia de no sé qué pueblo o con los católicos de no sé qué otro país, en realidad estamos conectados. Uno es la mano, otro es el pie; uno es un órgano, otro es otro. Pero todos formamos parte de un solo Cuerpo del cual Jesús es la Cabeza.

Esa obra de la redención no ha concluido. Terminó la primera parte, la que Jesús realizó con Su Vida pública, con Su Muerte y con Su Resurrección. Y ahora estamos en esa segunda etapa de la historia que es la etapa en la que la Iglesia prolonga esta misión de Cristo, anuncia el Evangelio a toda la Creación y procura que todos los hombres se salven.

Por eso hay misioneros que van al tercer mundo, y por eso abrimos las parroquias, y por eso hay monjas de clausura, y por eso damos Catequesis a los niños. y por eso hay enfermos que ofrecen sus dolores, porque tenemos una misión que cumplir, una tarea que realizar. En este contexto se entiende bien la llamada de Jesús. [95] *Mi voluntad es de conquistar todo el mundo ... y así entrar en la gloria de mi Padre.*

«MI ANHELO ES CONQUISTAR EL MUNDO ENTERO»

Es decir, Jesús quiere que Su salvación llegue hasta el último rincón de la tierra. Jesús quiere que no haya nadie que se pierda. Jesús quiere que todas las personas del mundo conozcan que son amadas por Dios y que conociendo esto se abran a este amor, estén dispuestos a acogerlo, a dejarse querer, a dejarse perdonar, a dejarse acompañar.

Pero fijaos, en ese deseo que tiene el Señor en el corazón, [95] *«Mi voluntad es de conquistar todo el mundo»*, quiere contar con colaboradores. Él podría haberlo hecho por Su cuenta. Él podría haber hecho por arte de magia un truco por el cual no hubiera ocurrido el pecado original o simplemente desapareciera de la historia el poder del maligno y del pecado. Pero no quiso hacerlo así, sino que Él quiso contar con personas que le ayudaran. Por eso San Ignacio pone en boca de Cristo esta expresión: [95] *«quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque, siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria»*. De modo que Jesús pide colaboración. Está deseando que haya amigos que le echen una mano, que arrimen el hombro, que estén dispuestos a ayudarle.

Pero fijaos todavía qué sorprendente esto que San Ignacio pone en boca de Cristo: *«Mi voluntad es de conquistar todo el mundo»*.

¿CÓMO DESEA SER CONOCIDO?

¿Es que el Señor desea que todos los continentes le conozcan a Él, a Jesucristo? Pues sí, efectivamente. Y alguno pensará: «Pero, ¿no he oído yo en algún sitio, no recuerdo cuál, que en realidad da igual ser cristiano, que musulmán, da igual ser creyente, que agnóstico?». No sé dónde has escuchado eso; pero donde te hayan dicho eso, te han engañado porque

eso no es así. Jesús les dijo a los Apóstoles: «*Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la creación*» (Mc 16, 15).

Su deseo es que todos los hombres le conozcan y le quieran a Él, a Jesucristo. ¿Eso quiere decir que todos los que no sean católicos se condenarán? No, no exactamente. Confiamos en que aquellos que, sin culpa suya no han podido seguir a Cristo porque no lo han conocido, o porque lo que han visto es una versión muy distorsionada y eso, desgraciadamente, a algunas personas les ha ocurrido, que han visto un mal testimonio de la Iglesia; queremos y creemos que Jesús a esas personas, por caminos que sólo Él sabe, podrá llevarlos al Cielo y salvarlos. Pero desde luego, el camino ordinario para que una persona llegue al Cielo es que conozca a Jesucristo, que acoja la fe, que siga al Señor y que trate de convertirse en amigo Suyo y en colaborador Suyo. Dicho de otra manera, todos los que hemos sido ya redimidos por la Sangre de Cristo, porque Él ha muerto por nosotros en la Cruz, ahora estamos invitados a convertirnos en colaboradores del Redentor.

El Salvador es Él, pero Él desea colaboradores. Él no ha querido obrar la obra de la salvación solo, sino con la ayuda de las personas que le quieran ayudar. ¡Qué bonito es esto!

¿Y por qué dice: «*conquistar todo el mundo*»? A algunas personas quizá esta palabra, «conquistar», les suene un poco dura y piensen: «¿Nos está llamando a una guerra santa? ¡No! No tiene nada que ver con esto. La palabra «conquistar» tiene otro significado en español que es «enamorar». Se dice que un novio conquistó el corazón de su novia. Bueno, pues de esa manera es como Jesucristo quiere conquistar el mundo entero. No pretende derrotar a nadie. No quiere dañar a nadie. Lo que quiere es enamorar. Y realmente es así cuando la gente lo conoce. **Es imposible conocer de verdad a Jesucristo y no amarlo.** Es imposible descubrir la ternura de Su Amor, la grandeza de Su Persona, es imposible conocerlo bien y no entusiasmarse con Él, y no desear corresponder al amor que Él nos tiene. Así es como Él quiere conquistar el mundo entero. Y dice, «*y (a) todos los enemigos*».

¿Es que Jesús tiene enemigos? No, propiamente. Jesús no quiere tener ningún enemigo. Pero incluso si hubiera una persona —esto es una hipótesis— que dijera: «Para mí el enemigo es Jesucristo y quiero hacer desaparecer a la Iglesia Católica del mundo»; si hubiera alguien así, también a ese Jesús le quiere conquistar el corazón. También a ese quiere el Señor terminar llevándolo al Cielo. Y para eso pide nuestra colaboración.

Y ahora nos dice esto: [95] «*quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque, siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria*». Me llama mucho la atención esta expresión porque, si os fijáis, Jesús se dirige a nosotros con completa sinceridad. No nos esconde que seguirle a Él significa tener en esta vida trabajos, y significa pasar por donde ha pasado Él. Quiere decir **compartir Su vida y compartir también Su destino**: Cristo que fue desechado de los hombres y Cristo que terminó Sus días en esta vida terrena colgado en una Cruz. Es muy bonito que el Señor no pretende convencernos, persuadirnos de manera engañosa. No; el Señor no dice: «Que se apunte todo el mundo a ayudarme. Va a ser fantástico, muy divertido, lo pasaréis en grande». No nos dice eso.

Lo que nos dice es: [95] «*quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque, siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria*». ¡Impresionante! El Señor no te promete en esta vida

éxitos, triunfos, placeres, disfrutes. Lo que te promete es que no te faltará Su compañía. Estando con Él serás muy feliz, pero también tendrás trabajos, la fatiga apostólica. También tendrás a veces la impresión de que la gente del mundo se lo pasa mejor. También tendrás a veces la impresión de que tu vida tiene momentos costosos y dolorosos, como la vida de Cristo, como los Misterios del Rosario también, que los hay Gozosos, Luminosos, Dolorosos y Gloriosos. El Señor no te esconde la verdad.

Aceptar ser Su amigo, permanecer en estos Ejercicios Espirituales, es decir, no darse por satisfecho simplemente por haber meditado lo más imprescindible de la vida: el Principio y el Fundamento, y el Pecado, sino querer seguir adelante con Jesucristo, es embarcarte en una aventura que será arriesgada, en una aventura que te planteará también momentos de enorme dificultad. Pero **¡sé valiente para acoger la llamada! Jesús te está diciendo: «Cuento contigo»**. Jesús te está diciendo: «Mira, quiero salvar el mundo entero, pero no lo puedo ni lo quiero hacer sin vosotros. ¿Tú estás dispuesto a ayudarme? ¿Me echarías una mano? ¿Puedo contar contigo?».

Hay muchos pasajes de la Sagrada Escritura que podrán servirnos para hacer este rato de oración y os propongo alguno muy sencillo: **Mateo 4, 18-22**, donde dice que el Señor llamó a los Apóstoles y que ellos al instante lo siguieron. O, por ejemplo, **Juan 1, 35-51**, cuando se dice que llamó a Andrés y a Juan; y a través de ellos, a Natanael; y a través de él, a Felipe.

Piénsalo. **¿Puede el Señor contar contigo?**

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.